

[Dedico este pregón a todos los cofrades de Cuenca.](#)

[A Beatriz y Marta Tirado. A Jorge Sánchez. A Paco Ruiz. A la familia Hevia: mis amigos en Cuenca, gracias.](#)

A mis compañeros periodistas de Cuenca, en especial a los que soportan el peso de la gran cruz llamada crisis.

[A mis amigos de Málaga, aquí presentes.](#)

[A Pasión Vega y a María José Santiago, mi gratitud muy especial.](#)

A Revello de Toro, pintor de Dios.

[A Pepe Rivas y a Garrido, aquí y allí. A Juan Rodrigo.](#)

[A Carolina, un beso y una flor. Ésta](#) que me ayudará en esta noche divina.

[A mis hijos,](#) nunca ausentes donde yo esté.

Gracias especiales a Esther Palenciano, mi presentadora, que ha cumplido a la perfección con el papel más difícil de todos: amparar a quien va a pregonar. Aquí, ahora, y el pasado martes en esta misma iglesia. Mi gratitud eterna.

Perdonen, un momento... perdonen. Voy a por una cosa...

Es que mi madre lo tiene ya todo preparado. Todo lo tiene a punto. Un segundo, ¡eh!, no se vayan.

Es el equipo de nazareno, el que ustedes y yo y cientos de miles de conquenses, malagueños, sevillanos, madrileños, zamoranos y ciudadanos cofrades de esta España mía, de esta España nuestra, ya tienen preparado... Esa ropa que mi madre cuida con el calor y el cariño que solo una madre puede tener para con su hijo. ¡Mami!, gracias.

Y ahora, con el permiso de todos, vamos a iniciar este camino gozoso de pregonar. ¡Ah!, se me olvidaba, monseñor, usted, que me han dicho tiene mano en las alturas, ¿por qué no habla con quien corresponda, que usted sabrá con quién, para que nos cambien las fechas de la Semana Santa y no coincidan las de Cuenca con la de Málaga y las de este inmenso Jerusalén que es España en primavera y así disfrutaríamos todos el doble?

Pues eso, que si puede, que nos eche una mano...

Mientras un niño casi sin uso de razón grite '¡Viva la Virgen del Amparo!' o quiera jugar a los nazarenos, o baje a pedir cera a los penitentes, o pida salir en la Pollinica... Mientras un niño sin apenas levantar un palmo del suelo grite ¡Viva mi Cristo o Viva mi Virgen!, mientras eso ocurre, la maravillosa historia que les voy a contar seguirá viva, y el mundo cofrade, el mundo nazareno, se retroalimentará y la herencia seguirá pasando mano en mano de padres a hijos. Mientras eso ocurra, señoras y señores, nuestra alma nazarena permanecerá para siempre en este mundo, cargado de estampas de emoción, vida, amor y entrega tras las andas, tras los tronos, de Jesús y María.

¡Dios os bendiga, conquenses! Tras la maravillosa música aquí interpretada que casi nos transporta a los cielos, empieza el pregón. Espero vuestra benevolencia. Dar me al menos la mitad de un cuarto de vuestro enorme cariño, con eso me basta y me sobra, porque sois una tierra de afecto y entrega, de camaradería y fe, de sentimientos y hospitalidad.

Buenas noches, con la venia de las dignísimas e ilustrísimas autoridades aquí presentes comienzo este pregón.

**Señor** de San Miguel, buenas noches. Aquí estoy. Me presento ante ti con la humildad del forastero abrumado por tu cálida y hermosa acogida, y me pongo a tu entera disposición. Buenas noches, Señor de San Miguel, gracias por abrirme las puertas de tu casa y permitir que entre en ella. Aquí estoy, con el corazón abierto y el alma desnuda, algo asustado, para qué engañarte y al mismo tiempo lleno de emoción. No tengo palabras para agradecerte, Señor de San Miguel, por lo mucho que has hecho por todos nosotros, además, como el que no quiere la cosa, sin pedir nada a cambio, sin una voz más alta que otra, con un amor desproporcionado, con un ejemplo divino. ¡Señor de San Miguel!, ¡hay que ver cómo estás! ¡Hay que ver lo que te hemos hecho! ¡Hay que ver cómo te has ofrecido!, porque gracias a tu entrega, a tu generosidad, estamos aquí todos nosotros.

Sé que he venido en momentos difíciles pero lo cierto es que en cuanto decidí hacerlo sólo encontré amparo, sosiego y cariño. Señor, amigo, ni más ni menos, ¡con lo caro que están hoy el amparo, el sosiego y el cariño! Además, tienes un no sé qué, qué se yo que me da una enorme tranquilidad. Es una sensación difícil de explicar con palabras, Señor de San Miguel. Me has abierto las puertas de tu casa, aquí en el corazón de Cuenca, y yo te lo agradezco. Me has dado cobijo sin preguntarme siquiera quién soy o qué quiero, y eso es difícil de encontrar también en estos tiempos tan convulsos. Me has dado todo el amor y gratis, cuando lo normal es que por cien gramos de nada te pidan a cambio una fortuna. Me has orientado, porque muchas veces me pierdo en el laberinto de esta vida, pero tú siempre estás ahí. Gracias, Señor de San Miguel. ¿Puedo hacer algo por ti? Dímelo, no lo dudes. Sé que no es tu costumbre, porque tú solo sabes dar. Tampoco es uso y norma de la época que vivimos. Bueno, casi de ninguna época. Sin embargo siempre estás en tu sitio, en el lugar justo, sin reprochar a nadie si se va o viene, si entra o sale... sea como fuere, Señor de San Miguel, baluarte en este momento crucial de la vida de Cuenca, la ciudad

que me atrevo a decir que está colgada a los pies de Dios, yo, forastero temeroso que está a tus pies casi sin atreverme a mirarte a los ojos, porque no soy quién para hacerlo, llego a tu casa con la mochila cargada de entusiasmo, con el hatillo repleto de buenas intenciones, con mis sentimientos a flor de piel y un enorme nudo en la garganta. ¡Ves!, ya se me está secando la boca... Repito: gracias, Señor y amigo, siempre gracias. A ti acudo hasta cuando no debo, y sin embargo jamás he escuchado un reproche. No sé cómo agradecerte tanta hospitalidad, tanto cariño. Además, no sabes lo bien que me ha venido que me hayas recibido en estos momentos en tu casa, porque todos de vez en cuando necesitamos sentir que nos falta algo para valorarlo en su justa medida. Y a mí me faltaba lo que me has dado aquí, en esta tierra en la que se encuentra tu casa.

Gracias, Señor de San Miguel, hijo de Dios, Ecce Homo. Sumo hacedor. Hay que ver cómo te han dejado: como se dice en mi tierra, ¡te han dejado hecho un Cristo!

Eres Cristo Jesús el Hijo de Dios. A tus pies me postro, y aquí, con tu permiso y con la venia de tan selecto auditorio, comienza mi pregón.

Porque esto es un canto a pequeños y grandes, viejos y jóvenes, mujeres y hombres. Conquenses seguidores de una tradición tan antigua como nueva. Han pasado veinte siglos. Las angostas calles de Jerusalén se transportarán, en el tiempo y en el espacio, a orillas de esta Castilla-La Mancha que contempla la cultura de una tierra y una gente. Habrá, una vez más, quien desentone. Como siempre. Pero ni aquí ni ahora nadie podrá entrar en discusiones bizantinas. Aquí se va a escribir el quinto evangelio, según Cuenca. Ni de una forma ni de otra. Ni ortodoxos ni heterodoxos. Es como se quiso que fuera. Ni de una ni de otra forma. Cuenca está en primavera y ya ha dispuesto, un año más, su Semana Santa. Va a vivir su Pasión, la Pasión según Cuenca.

«Lo bello es lo que visto agrada», dijo Santo Tomás. Y es que, como refería San Agustín, «lo bello viene de Dios y nos lleva a Dios». Así, pues, el arte, la belleza

de la estética nos abre hacia valores superiores. Así, pues, un icono, una vidriera, una pintura o una escultura, con su simbolismo y su lenguaje de formas y colores armónicos nos facilita el acceso a lo trascendente y a lo infinito, que no pueden expresarse con otro lenguaje. El Concilio de Trento daba un mensaje de ánimo a los artistas para que 'colaboraran con la fe' al tiempo que los felicitaba y mostraba su gratitud porque ellos habían «convertido en visible el mundo invisible».

El Concilio cuarto de Constantinopla (869) puso fin a una polémica que surgió en el seno de la iglesia católica desde sus orígenes quizás debido a los antecedentes de la prohibición que los libros del Antiguo Testamento hacía de los ídolos, consecuencia directa de la predilección del pueblo de Israel por ellos. El referido concilio se mostró partidario de las imágenes. «Deben conservarse las imágenes de Cristo, la Virgen y los Santos y tributárseles el debido honor y veneración, no porque se crea en ellas alguna divinidad o virtud, por la que haya que dárseles culto, o que haya que pedírseles algo a ellas, o que haya de ponerse la confianza en las imágenes, como hacían los gentiles, que colocaban su esperanza en los ídolos; sino porque el honor que se les tributa se refiere a los originales que ellas representan», dijo el Concilio de Trento. La Iglesia había hecho una clara opción por la presencia de las imágenes sagradas en sus lugares de culto. Frente a una cultura y religión judía, que concede la primacía a la palabra, evitando toda imagen, el cristianismo ha preferido seguir el camino de la cultura griega, que privilegia el lenguaje de la vista. La Iglesia, pues, 'ha apostado' por el elemento visual y utiliza el arte con unos fines muy concretos: decir lo que quizás algunos no comprenden. Como también refirió Santo Tomás: «Mostrar lo que no se ve para que se vea». Ahí comenzaba la Semana Santa. Ahí entraba Cuenca ya pidiendo paso para mostrar lo que no se ve para que se vea. Ahí comenzó la historia. La que hoy repetimos para gloria y gozo de Dios y de los hombres.

Ciudadanos y ciudadanas de Cuenca. Nazarenos y nazarenas de Cuenca. Advierto desde ya que éste no va a ser un pregón al uso, y desde ya también os pido perdón si os sentís decepcionados cuando salgamos todos de este mágico lugar en el que estamos. Soy un andaluz que ha encontrado en Cuenca un rincón muy especial en una relación que, ya os lo digo, no va a ser efímera ni mucho menos. Soy un cofrade malagueño que disfruta con la Semana Santa, que gusta de estudiar a las cofradías de España, y que defiende a pie juntillas que ser cofrade es sinónimo de universalidad. Soy un hombre de trono que sueña con ser bancero. Soy quien busca desde hace 30 años al Cristo de la Buena Muerte y se ha enamorado a pies juntillas de vuestra Soledad del Puente, el mismo que se quedó admirado en Madrid viendo a vuestro Descendimiento. Soy un periodista que gusta de escribir de cofradías y de cofrades, de Cristos y de Vírgenes. Soy un católico repleto de defectos que grita emocionado cuando ve salir a vuestro Jesús en su entrada a Cuenca con las palmas y los olivos, un cofrade en cuya cabeza resuena vuestra forma única de pronunciar las siete palabras, un hombre que agradece vuestra capacidad de perdón, porque aquí se encuentra la paz y la caridad que falta en tantos sitios. Soy una persona que se rompe en los sentimientos cuando os vais todos para el calvario acompañando a Jesús. Soy un periodista que, curiosamente, cada sábado santo, intuye que una gran noticia va a suceder. Soy un enamorado de vuestra tierra que estalla de júbilo con el Aleluya de vuestro Domingo de Pascua. Soy, por vuestra generosidad, quien viene aquí a hablaros de lo que mejor sabéis, entendéis y sentís: de vuestras cofradías, de vuestros Cristos y de vuestras Vírgenes. De vuestra Semana Santa. Y aquí estoy, osado de mí, delante de vosotros con un cierto temblor por que temo no estar a vuestra altura...

Aquí estoy. A los pies del Ecce Homo, en San Miguel, alma y vida de Cuenca, con el paraíso terrenal a nuestro alrededor, rodeado de cofrades, o sea, en familia. Eso me va a salvar. Antes de seguir. Gracias a todos. No tengo palabras, de verdad. Estoy orgulloso de estar aquí, feliz y contento.

Dignísimas autoridades, dignísimos ciudadanos, dignísimos cofrades, queridos amigos todos, ¡qué bonito es lo que llega dentro de apenas 48 horas!

Dar un pregón de Semana Santa es tarea difícil y complicada. Se suele hablar ante un público más entendido que el orador, y además de un tema que trasciende la lógica porque entra directamente en los sentimientos y creencias, y eso, créanlo, es complicado. Suelo tener benevolencia con los pregoneros cuando soy parte del público. Les pido que me apliquen si no la plenaria, al menos la indulgencia simple para quien se presenta esta noche ante vosotros con la ilusión de un niño con zapatos nuevos y a la vez con el nerviosismo de un debutante. Son muchos los pregones que han transitado mi voz, y muchos los lugares por los que han resonado mis palabras, pero no sé por qué aquí es diferente, y me siento distinto, con ilusión y miedo a partes iguales, una mezcla que provoca una intensa descarga de adrenalina. En castellano conciso: puede que haya ido a lugares donde dar un pregón para mí era cumplir con un compromiso. Les juro, os prometo que llego a Cuenca con la necesidad de no defraudaros, con la obligación de que disfrutéis conmigo, de que no os sintáis decepcionados, de que os quedéis con un buen regusto, que mis torpes palabras, en suma, os sirvan para algo.

Porque me habéis cautivado. Sois hijos de una ciudad encantada no sólo por sus monumentos o por los tópicos que aquí son verdad y exactitud, medida de equilibrio, sino por esos dones que la divinidad suele esparcir de vez en cuando por este mundo, y aquí han llegado muchas virtudes que os dotan de una personalidad, de una forma de ser, de un entender la vida y de una particular idiosincrasia que os hacen diferentes e iguales, que es algo a lo que todos deberían aspirar pero que casi nadie consigue. Rincón castellano, parte fundamental de la historia de un maravilloso país llamado España, cuna de grandes hombres y mujeres, sois una capital pequeña en número de habitantes quizás, pero una ciudad de grandeza y señorío, de sentimiento y de superación.

Soy cristiano, católico, quizás no todo lo practicante que a monseñor le gustaría (y posiblemente a mí también, curiosamente), pero me enorgullezco de ello, e incluso hago algo que echo de menos en mi profesión periodística: en no pocos de mis escritos siempre pongo en claro mi condición de católico, y por supuesto de la de cofrade. Por tanto, por esa condición, tengo fe. Y la fe, es, entre otras cosas, creer lo que no se ve o no se entiende. Y este pregonero cree si no en los milagros, al menos en algo intermedio entre estos y las puras coincidencias. En el peor momento de mi salud, esa que nos suele avisar de vez en cuando a quienes estamos en este mundo que polvo somos y lo volveremos a ser, esa que nos advierte de que hay fecha de caducidad, esa a la que tan poco caso solemos hacer en los dos primeros tercios de nuestras vidas y que pasa a ser lo más importante en el tercero, cuando el desánimo invadía mi interior, cuando incluso la lógica se aturdí por la llegada de momentos duros por desconocidos, en esos momentos, cuando necesitaba que alguien me echara una mano desde fuera de mi ámbito familiar, siempre ahí, siempre presente, siempre generoso en extremos cuasi excesivos, suena mi móvil y una voz, desconocida hasta entonces para mí, me dice: “Queremos proponerle como pregonero de Cuenca”. Y poco después, cuando pensaba que aquello sin más había sido simple fruto de un ‘arranque’ generoso por parte de algunos buenos amigos y amigas de esta tierra; poco después, repito, vuelve a sonar el teléfono y otra voz me comunica que he sido elegido “pregonero de la Semana Santa de Cuenca”, y esta última en una ciudad, en París, donde tienen el infortunio de que no hay nazarenos... Es increíble cómo dos simples llamadas telefónicas te pueden conmover en la creencia y en la existencia de lo divino. Y ustedes me dirán, ¡andaluz exagerado! Y yo respondo: para nada. Miren, mi salud, repito, se había resquebrajado y nadie daba con la tecla. Cuando las recaídas de una enfermedad se suceden sin saber su origen, sin lógica ni orden ni concierto, cuando incluso los médicos comienzan a dudar del paciente, que a veces suele ser el único que cree que no está loco, pero que incluso lo puede llegar dudar, cuando todo eso ocurre, digo, necesitas una ilusión, un acicate, un motivo para pensar en el mañana, necesitas algo además de todo lo que tienes. Y llegó Cuenca, y me llamaron de

Cuenca, y mi alma se puso a saltar de alegría para transmitirle a mi corazón la necesidad de que bombeara más sangre cofrade que nunca para que inundara todo mi cuerpo, porque necesitaba salir adelante y no defraudaros, y porque me hizo meterme de lleno en todas y cada una de vuestras hermandades, de todas y cada una de vuestras tradiciones, y porque me permitió entrar en las entrañas de una tierra maravillosa que es Cuenca.

¿Saben qué ha sido de mí desde que me comunicaron en octubre la buena nueva de que hoy estaría en San Miguel? He sido un hombre de renovada felicidad e ilusión, con muchas ganas de vivir. ¿Y tú, maldita bacteria, qué te has creído? ¿Dónde has estudiado tú para creerte que vas a poder con el pregonero de la Semana Santa de Cuenca? Me hacía feliz estar aquí con mis hijos, con mi Carolina, con mi familia, con mi gente... Pero además, mi Alvarito nunca me había visto pregonar. ¡Qué felicidad! Me va a ver. ¿Quieren que les diga algo más? Pues sí, gracias. Gracias con mayúsculas. Gracias por el enorme favor que me habéis hecho. Por eso, repito, creo en lo divino, que suple y con mucho los defectos humanos. En ti, Cristo Ecce Homo, deposito este beso que lanzo al aire esta noche del día de los Dolores (los que tú tan bien conoces) para que lo repartas por esta ciudad colgada a los pies de Dios. Gracias.

Por cierto, mamá, felicidades. Presidenta, felicidades. Dolores y Lolas de Cuenca, felicidades.

Antes de seguir, dos cosas: si no correspondo a vuestras expectativas, perdonadme. Si no soy capaz de estar a vuestra altura, perdonadme, pero ya de entrada os digo que jamás podré pagaros, ni con las mejores palabras, frases, hechos o actos del mundo, lo que vosotros, cofrades de Cuenca, habéis hecho por este cofrade malagueño. Permitirme esta declaración de amor, que esa es la palabra, tan nuestra, tan bíblica, tan católica y, desgraciadamente, tan en desuso en estos tiempos. Os necesité y os encontré. Os busqué sin saberlo, y vosotros salisteis a la calle en mi busca. Os quiero porque me habéis dado ya todo a cambio de nada. Ni más ni menos. Así de simple. Así de fácil.

No quiero ser un libro de historia, ni un catálogo. No me dedico a ninguna de las dos cosas. Vengo a pregonar vuestra Semana Santa, vengo a deciros, nazarenos y nazarenas de Cuenca, que estamos en el momento ideal de alzar la mano y decirle al mundo “aquí estamos”, y pregonar a los cuatro vientos que somos cofrades, que nos sentimos cofrades, y que por tanto ejercemos de cofrades. Defiendo desde siempre la universalidad del cofrade. Somos una especie que no está para nada en extinción. Somos una parte del pueblo español con siglos tras de sí, con herencia renovada de abuelos a nietos en decenas de generaciones. El cofrade es universal, ya lo he dicho, pero a la vez lucho, con capa y espada si fuera necesario, por encima de todas las cosas por la necesidad de que cada ciudad, cada pueblo, cada barrio defienda hasta los extremos máximos su forma de entender y vivir la Semana Santa. El cofrade es universal, sin duda, pero las cofradías son también de cada lugar, y cada lugar tiene que luchar con máxima intensidad por mantener y preservar sus tradiciones, sus singularidades. Ciudadanos de Cuenca, abríos al universo cofrade del mundo pero no permitáis bajo ningún concepto que vengan a cambiaros, que intenten introducir tradiciones, costumbres e incluso léxico que no son vuestros, ni mejores ni peores, sino VUESTROS.

¿Qué significa todo esto? Que cada Semana Santa, cada cofradía incluso, tiene su forma de ser y de procesionar, de venerar y de salir a la calle, de sentir y ser cofrade... Esa es otra de nuestras grandezas, y si la perdemos hipotecaremos nuestro futuro, y eso no podemos hacerlo.

Los cofrades no somos seres perfectos, y la crítica constructiva es no sólo necesaria, sino que ayuda a superarse. Lo que no estamos dispuestos a aceptar es la crítica malintencionada y sin motivo. Para nada. Tenemos que preservar lo que somos no por nosotros, sino porque somos herederos de un pasado, y en nuestras manos tenemos un legado que hay que dejarlo en las manos del futuro. Mucha responsabilidad.

Por eso el cofrade tiene que buscar siempre la superación como ser humano, y luchar con fuerza contra quienes nos intentan desmotivar, maltratar, ningunear e incluso sepultar. ¿Peligros? Muchos. Miren, los cofrades nos iremos al garete si dejamos que nos coman el terreno que creen que son la verdadera esencia de la celebración o los *cuaresmeros*, o por quienes entienden que sobramos en las iglesias, pensamiento algo habitual entre los que yo denomino *meapilas*, que haberlos *haylos* y en ingentes cantidades. Ni una cosa ni la otra. Pero vayamos por partes, que hay mucho que pregonar.

Soy cofrade, me enorgullezco y me jacto de serlo. Lo digo a boca llena y mi vida como católico está orientada desde mis sentimientos como cofrade. El cofrade tiene que ser ejemplo. Por eso no quiero sentirme “selecto”, único. No conozco a ningún representante de esas extrañas especies que al salir a la calle, al dejar el templo, al abandonar la iglesia, se desvivan por los demás, den todo a los demás; no conozco a ninguno que cumpla con la norma del cristiano, dar con la mano derecha para que ni siquiera la izquierda sepa lo que haces. La sociedad española en general, y también la conquense, atraviesa por unos momentos de crisis como pocas veces hemos conocido en nuestra historia. La grave situación económica que nos atenaza ahoga a millones de españoles, a decenas de miles de castellanos, a miles de conquenses. El cofrade no puede ser una isla, no puede estar ajeno a la realidad de la calle. No necesitamos a ese cofrade que se da golpes en el pecho delante de su imagen venerada y que, en cuanto sale de la iglesia, se olvida de todo e ignora lo que ocurre a su alrededor, que ni se entera o no quiere enterarse de que en esta misma tierra, también de María Santísima, hay un 21 por ciento de la población que sufre el paro, que hay marginación, que hay pobreza... No podemos olvidarnos ni asistir impasibles a la gran tragedia por la que atraviesan hombres y mujeres de la sociedad en la que vivimos. No quieren Jesús y María que les recemos, las adoremos y les veneremos si nada más dejarlos en el templo, nos olvidamos de los demás y nos convertimos en individualistas, egoístas y avaros. “Dale de comer”, le dijo Jesús al apóstol. No hace falta darle pan solo, sino que además hay que ayudar a

enseñarles cómo se hace ese pan. No podemos solucionar los problemas del mundo, pero sí podemos llevar y dar consuelo a los que lo necesiten, administrar justicia a quienes la merezcan y dar cariño a raudales a quienes les falte amor. Somos cofrades, ¡bendita palabra! Vamos a demostrarlo, y no solo bajo un capuz o bajo unas andas: hay que ser cofrades también a cara descubierta, en el día a día, durante 358 días al año. Los cofrades de rebaja, que así llamo a los que duran lo que duran, o sea, una procesión, no nos sirven, ni a mí, ni a nosotros, ni, por supuesto, a Dios.

El nazareno se sienta en un banco y mira a su Cristo y a su Virgen. Los mira con los ojos prestados de los que miraron antes y ya no están. El nazareno tiene conciencia extraña de su ser en el tiempo, de su ser en la túnica, de su dejarse llevar hacia el mar de la primavera con toda la majestad de una capa al viento en la noche en que murió Jesús. La capa se despliega como una saeta de doloroso acento. Son los momentos previos a la música y al bullicio, los momentos del abismarse en las paradojas del ser, del ser pequeño que quiere ser grande con afán de singladuras lejanas por mares inciertos. El ser que no acepta el reloj y la norma porque busca un no se sabe qué. El ser que quiere dejarse llevar por sensaciones más que por certezas, el ser variable de los puntos cardinales y del discurrir de la sangre. Los puntos cardinales que el capirote señala en la sombra del asfalto. La plenitud o la insatisfacción en ese momento son las dos caras de la moneda de la vida. Mientras, el cortejo se va preparando; el telón deja entrever el escenario de la ciudad ya dispuesta y el nazareno asume su papel. Cumple bien y no olvides que la túnica es la manera de ser y estar. No lo olvides.

Soy cofrade desde que tengo uso de razón. Mis padres me inculcaron una forma de ser y entender la vida como cofrade. Mi formación marista y agustina abundó en tal sentimiento, desde pequeño formo parte de cofradías y salgo en las procesiones. He sido nazareno, hombre de trono, como se dice en mi tierra, capataz, mayordomo de trono... He tenido la suerte de llevar sobre mis

hombros, que es la materialización del alma, a mi Virgen de la Caridad y a mi Cristo legionario de la Buena Muerte, el mismo que compartió Castellana en Madrid junto a vuestro maravilloso Descendimiento. Entré para llevar a mi Virgen y a mi Cristo siendo un niño y haciendo lo mismo me convertí en un hombre. Niño cofrade, adolescente cofrade, hombre cofrade...

Y, ya lo he dicho muchas veces, como la bondad de Dios es infinita, desde mi condición de periodista, desde mi profesión, tengo oportunidad, día tras día, de escribir de cofrades y de cofradías, de explicar qué es y cómo es la Semana Santa. Soy, pues, muy afortunado, como todos ustedes también lo son, porque han venido al mundo a una tierra nazarena, donde se viven las cofradías, donde se siente el alma nazarena, la misma que estalla en mil pedazos cada primavera, cuando la buena nueva nos avisa que la oscuridad del invierno está ya a punto de ser derrotada por la claridad y la luz del cielo azul que culminará en el verano, cuando se anuncia que la vida vuelve a brotar, cuando el verde sucede al pardo, cuando las riberas de vuestros ríos Júcar y Huécar son fiel espejo de las casas colgadas a los pies de Dios, ciudad de ensueño, ciudad soñada... Cuenca del Paraíso que podría escribir Vicente Aleixandre...

Quizás por lo dicho, por sentirme cofrade desde mi nacimiento, por ver a mis hijos gritarle a una Virgen o a mi madre llorar ante el Yacente, por eso, digo, me cuesta entender a quienes desde muy diversos ámbitos, incluida desde la propia Iglesia que nos alberga a todos, nos atacan, como si nosotros fuésemos un elemento a combatir. Mal hacen los que nos insultan y nos desprecian, porque no es norma de nuestros mandamientos, y porque nadie tiene derecho a apropiarse de una Iglesia universal que a todos los católicos nos acoge en su seno. Son un sector minoritario, sin duda, pero ya saben que diez hablando hacen mucho más ruido que cien mil callando. Esos sectores atacan a las cofradías, hermanos cofrades, no por nada en concreto, sino por nuestra mera existencia, y lo que más suele escocer es que muchas veces esos desaires llegan de la mano de algunos pastores de nuestra propia Iglesia, que ni nos quieren ni nos comprenden. No se escandalicen porque lo que digo es una

verdad como un templo, porque, como dijo el legendario torero, 'hay gente pató'.

Yo vengo aquí, hermanos cofrades, nazarenos de Cuenca, para proclamar a los cuatro vientos que nos sentimos orgullosos de ser lo que somos y de cómo somos. Que tengamos siempre la cabeza bien alta, que mantengamos nuestras tradiciones, que llenemos nuestros templos, que mimemos a Jesús y a María, que ayudemos a los que lo necesitan, que seamos ejemplo de cómo vivir la vida, y que en estos tiempos de carencias, de soledades y de necesidades salgamos a la calle ofreciendo nuestra mano a quienes lo necesitan, que son muchos, demasiados, porque la palabra cofrade es sinónimo de hermano, y entre los hermanos la ayuda no solo es obligatoria, sino gratuita. Permitidme que llegado a este punto, y desde este mismo lugar haga un homenaje público y sincero a los hombres y a las mujeres cofrades, y que resalte que la mujer es parte fundamental en la historia del hoy de nuestra Semana Santa y justo es reconocer su papel dinamizador y vital, hoy imprescindible, en el hacer diario de las cofradías de este país.

Los cofrades somos los protagonistas actuales de la España heredada de unos a otros a través de los siglos, y a quienes nos atacan les invito a que crucen de acera, a que nos conozcan de verdad, a que nos acompañen en nuestros actos: en los de culto, en los sociales, en los de caridad, en los internos y en los externos. No somos más que nadie, pero tampoco menos. Somos cofrades, nos sentimos orgullosos de serlo y nos jactamos de ello. Somos cofrades, sí, y vosotros, encima, *cofrades, nazarenos de Cuenca*.

El cofrade tiene que jugar un papel importantísimo en la sociedad. Tenemos que ser nazarenos durante los 365 días del año, y no solo en la semana de Pasión, esa tan maravillosa a la que esperamos cada año en primavera, cuando la tierra vuelve a nacer... Siete días, los más grandes para nosotros, los que recuerdan la Pasión, Muerte y Resurrección, el Hijo de Dios que predicó el amor, la caridad, la bondad, el sacrificio, el esfuerzo y la generosidad para con los demás; el Hijo de

Dios que nos trajo la Palabra que dice que demos de comer al hambriento, de beber al sediento y que ofrezcamos cobijo a quien no lo tiene. El Hijo de Dios que nos dijo amaos a los unos a los otros, que nos recordó que tenemos que respetar a nuestros mayores, que echó a los malditos mercaderes del templo (que eran los *tiburones financieros de hoy* de aquella época)...

Ese Hijo de Dios, que todo lo podía, nos dio el ejemplo de sacrificar a conciencia su propia vida para la salvación de los demás sin pedir nada a cambio.

María, ahí tienes a tu Hijo.

Perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y sus Siete palabras son evocadas cada Lunes Santo en vuestra ciudad, Cuenca del Paraíso, para recuerdo de una muerte triunfal porque dio paso a la vida. Ser ejemplo para los demás, salgamos a las calles convencidos de qué hacemos y por qué lo hacemos. Metamos nuestro hombro en el banzo de la vida, ese que pesa tanto, y llevémoslo calle arriba y calle abajo, haciendo difíciles equilibrios para que las andas de nuestra propia existencia entren por las angostas calles y dejen sus muecas en las esquinas de la piedra anciana, protagonista y fiel espectadora de cientos y cientos de años de tradición, superación y esfuerzo.

Ser cofrades hoy es un lujo, pero no por ello tenemos que decirle a los que no lo son que lo sean, que no tenemos por qué convencer a nadie, pero sí tenemos la obligación de alzar nuestra voz para recordar que vivimos en una época difícil, en la que no sobran precisamente valores en nuestra convivencia, que la avaricia no es sana, que la falta de amor se palpa a raudales, que la indiferencia machaca a las nuevas generaciones, que el paro mata las ilusiones de decenas de miles de hombres y mujeres...

Ahí, ahí es donde el cofrade tiene que dar el paso adelante, y más ahora, en estos difícilísimos tiempos que corren, que no sé si nos los hemos buscado o merecido, pero desde luego lo que sí sé es que si no empleamos todas nuestras

virtudes, las que deben adornar al cofrade, no saldremos de ellos. Hay que llevar las andas de forma armoniosa, con un esfuerzo colectivo y un sentimiento común. Igual pasa en la vida diaria.

Pero no nos sintamos deprimidos, que el futuro está en nuestras manos. Miremos al futuro con la ilusión del que sabe que su esfuerzo no será baldío. Encendamos las velas y los cirios para que quienes no ven el camino lo encuentren. Toquemos la música para animar a los que necesitan alegría. Hinquemos el hombro para salir entre todos de donde estamos metidos. Somos cofrades, conquenses del alma, ¡qué maravilla! ¡Hermanos del universo, hijos del sol y de las tierras castellanas, herederos de una forma de vida esencial, porque somos lo que somos porque queremos, y que nadie venga ahora, ni aquí, ni a Málaga, ni a Valladolid a darnos lecciones!, ya estamos un poco hartos de doctores sin título.

Pero no nos pongamos tristes, ni por asomo. Reivindico al cofrade como un ser feliz, como un hombre lleno de vida y de ganas de vivir. Reivindico al cofrade feliz y dichoso por haber nacido, no al que está amargado porque entiende que la vida es un valle de lágrimas, ni por supuesto al que considera que para estar a bien con Dios hay que flagelarse todos los días... Que ser cofrades es alegría, que nosotros conmemoramos la Pasión según Cuenca, la que ve a Jesús entrar en la ciudad aclamado, que lo acompaña en su tristeza, que le anima en los malos momentos, que ayuda a llevar la Cruz cual Cireneo, y que tras acostarse sobrecogida por la muerte del ser amado se levanta exultante porque Jesús ha resucitado. Aleluya, aleluya. Vosotros que sois unos privilegiados del mundo, que tenéis de todo, que disfrutáis de una Semana Santa que es grande con Pasión, que veis cómo la ciudad se convierte en el mejor escenario para la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, que acompañáis a María, siempre atenta a su Hijo, que cada día retomáis una tradición de siglos y le dais vida, la alimentáis para que siga por los ángulos del tiempos, que allá en el XVII o el XVIII cofrades conquenses hacían lo mismo para que llegara su herencia a los cofrades conquenses del siglo XXI, y que ahora, aquí, a vosotros, os toca el

turno para que llegue a los hijos de los hijos de vuestros hijos en una cadena interminable que comenzó hace 2012 años. Al final, como dice la saeta con irónico humor, te tenemos a estar agradecidos, Pilatos...

En definitiva, queridos compañeros, nosotros los cofrades tenemos que buscar un mundo mejor, ¡luchemos con fuerza, con dinamismo para conseguirlo! La sociedad de hoy está más necesitada que nunca de hombres buenos, y ser cofrade significa ser hermano, ser generoso, ser bondadoso... Nos sobran los malos, ya están ahí; pues bien, salgamos nosotros, demos un paso adelante y con vuestro ejemplo convenced a los que no creen que si no quieren hacerlo que no lo hagan, pero al menos que colaboremos entre todos para buscar la felicidad, para que las utopías se hagan realidades, para que la vida tenga un equilibrio entre los que más y los que menos tienen, porque, repito, estas andas, enormes, las tenemos que llevar entre todos, y si alguien remolonea, no dudar en clavarle un alfiler en salva sea la parte y veréis cómo mete el hombro...

Sentíos orgullosos de vuestra tierra, de la herencia que ha llegado a vuestras manos, de vuestros mayores... Sentíos orgullosos de quienes os han enseñado esta forma de vida que es la del cofrade. Ya estamos muy cerca, apenas si faltan 48 horas para que todos salgamos a la calle para gritar el Hosanna a Jesús en su entrada triunfal en Cuenca entre niños y grandes, entre palmas y olivos. Olor a tierra primaveral bañada por dos ríos a la vez, los primeros sonidos y los primeros sentidos cofrades, la vida vuelve a brotar en vuestros campos, vuestras almas se encandilan y vuestros corazones estarán a punto de estallar en mil pedazos.

Repito otra vez: sentíos orgullosos de vuestra tierra, de la herencia que ha llegado a vuestras manos, de vuestros mayores. Sentíos orgullosos de quienes os han enseñado esta forma de vida que es la del cofrade.

Yo me confieso, ante vosotros, hermanos de Cuenca, que me gusta oler a primavera, que me encandila 'masticar' el incienso, que me encanta vestirme de

nazareno, que mi cuerpo se estremece al ver la silueta de Jesús y la de María a lo lejos sobre vuestros hombros y los míos, que me ilusionaría ser bancero, que lloro emocionado con el Miserere, que la piel se me pone de gallina al ver la entrega de los turbos de verdad, que me tiemblan las manos al escribir lo que sentís y por qué los sentís, que me enriquecen vuestras creencias y vuestra forma de demostrarlas.

Me confieso ante ti, Señor de San Miguel, y ante vosotros, hermanos, que al mirar fijamente a la Soledad del Puente, ojos sobre ojos, mi alma se ha llenado de vida, que escuchar los sordos tambores anunciando la muerte me enseña la puerta de la vida; me confieso, hermanos míos, que mi alma y mi corazón estallarán en mil pedazos al ver cómo los niños le gritan al Nazareno o piropean a la Virgen, me confieso que espero ilusionado ver la luz del Resucitado, mi particular recarga de la batería para aguantar 358 días sin andas ni nazarenos en las calles.

Me confieso, además, ante quien quiera oír mis palabras, que estoy orgulloso de ser cofrade, que lucho porque mis hijos también lo sean desde el convencimiento y que me dejaré la voz allá por donde quiera que esté para cantar a los cuatro vientos la vida y obra, la maravilla que es la Semana Santa de Cuenca.

¡Lujó, que sois un lujo!, ciudadanos de la Cuenca de la castellana España prendida por Jesús y María entre el redoblar de tambores los sonos de clarines y trompetas, música celestial. Me confieso, sí, que soy cofrade.

Ahora os voy a contar una historia. ¿Saben que hay un periódico en el cielo? ¿Lo conocen? Se llama, no se rían, 'Los Ángeles hoy', rotativo que dirige San Pedro y cuyo jefe de Redacción es San Francisco de Sales, como saben patrono de los periodistas. En la reunión de la mesa de redacción se decidió hacer un amplio reportaje sobre la Semana Santa según España. San Julián, que intrigaba con prudencia por allí, utilizó sus influencias, que no eran pocas, y

convenció al viejo pescador a que enviara un redactor y un fotógrafo a un rincón divino, una ciudad colgada de los pies de Dios: “Manda al becario a Cuenca, y verás qué estupendo reportaje nos trae”, le dijo.

San Pedro, que no quería negar la plana a nadie más, decidió mandar a los dos jóvenes becarios del periódico a Cuenca. Se trataba de Ciriaco y Paula, redactor y fotógrafa, ángeles que llevaban apenas menos de 200 años trabajando en 'Los Ángeles hoy'.

-Ir a Cuenca y lucíos, les dijo San Julián, quien agregó que no dejaran de visitar su Museo de la Semana Santa, una joya, según dijo el que fuera obispo, que nadie tiene como aquella tierra de Dios, a la que todos deben apoyar sin fisuras, que ya me encargaré yo de quien no cumpla lo pague...

Eso, les dijo San Julián, quien repitió:

-Ciriaco, Paula... Ir a Cuenca y luciros.

Dicho y hecho. En el AVE María, tren directo que llegaba aquí al lado, cerca de la Catedral, llegaron a esta tierra nuestros querubines, jóvenes becarios que aspiraban a ser redactores de pleno derecho. Tenían ante sí la oportunidad de sus vidas.

¿Y qué vieron aquellos ángeles periodistas?

Vieron una tierra que había amanecido con la energía de cada Domingo de Ramos, y al salir a la plaza mayor fueron arrollados por un río multicolor de gente, niños, jóvenes, adultos y viejos, con palmas y olivos en sus manos, y todos una cara de ilusión que les iluminaba y una sonrisa que les llenaba la boca. Allí comenzaron a tomar notas y más notas para la crónica que iban a elaborar. Lo que ahora les cuento es el reportaje que elaboraron Ciriaco y Paula tras una semana en esta tierra de Jesús y María.

## II PARTE

Rojo y blanco es el color de la mañana de los Ramos. Ya saben, el día en el que quien no estrena se le caen las manos. Niños y mayores corren en busca de la Borriquilla, y Jesús saluda a los conquenses. Esperanza a raudales tras la entrada de Jesús en Cuenca.

El becario angelical, el periodista del cielo, asiste abrumado a lo que por vuestras calles acontece. La Cuenca milenaria que se hizo pensando en vuestro recorrido nazareno, está feliz por muchos motivos. Sangre renovada en la tradición cofrade. Mi madre tiene sobre mi cama el traje de nazareno recién planchado. Me ayuda a anudar el cíngulo, me encaja los deditos en el guante, y antes de ponerme el capuz me arregla el flequillo. Es el gran día. Voy a debutar como nazareno. Y la tradición de Cuenca se renueva por obra y gracia de Júcar y el Huécar, con sus riberas esmaltadas de un verde recién nacido que ha llegado la primavera.

*Esperanza, mi Virgen,/*  
*tú que estás con él en los cielos/*  
*ya sabes, guárdame una túnica/*  
*para ese cachito de estrella/*  
*que nunca pudo ser nazareno.*

El periodista queda abrumado. Ya ha visto el esfuerzo de los banceros, su entrega para que las andas recorran los kilómetros de calles escarpadas, rincones hermosos de una ciudad de ensueño, de una ciudad abierta al mundo. Se ha quedado admirado del esfuerzo de quienes llevan sobre sus hombros a Jesús. No hay mayor honor para un conquense que ser bancero, y las piernas comenzarán erguidas, y cuando flaqueen, el alma y el corazón serán los que levanten el alma hacia el cielo, ¡arriba, arriba, arriba!, esos cuerpos arriba, ¡honor para un nazareno de Cuenca ser bancero...!

El Lunes Santo, escribió el periodista, Cuenca se sobrecogió sobre sí misma. El negro de sus banceros, cordón franciscano, rosario y hachones de cera paran iluminar las Siete Palabras. Conquenses distinguidos de ayer y de hoy las dicen impresionados por la estética del momento del paso del Cristo de la Vera Cruz. Penitencia, señor, Penitencia. Es el único momento en el que la Semana Santa de Cuenca rompe su escrupuloso orden pasional. La excepción confirma la regla. Majestuoso paso por un Lunes Santo que desde 1995 no está vacío, porque toda Cuenca está llena, por aquí y por allí.

Amanece el Martes Santo. La cosa no ha hecho más que empezar y nuestros dos protagonistas no caben en sí de gozo por lo que están viendo y disfrutando. Resuena el Miserere por las viejas piedras de casas centenarias. Hay esquinas arañadas por las andas... Mira, Señor de San Miguel, cuando las vi por primera vez y después observé tu espalda rasgadas asocié los surcos de las esquinas con los de tu espalda azotada. ¡Cosas de la imaginación! ¡Cosas de la vida! ¡Perdón, Perdón, Perdón! Es Martes Santo. Estamos en Cuenca. San Juan Bautista sale desde El Salvador con el cordero a sus pies. El Precursor de Jesús nos advierte, enérgico, con su dedo índice de la mano derecha que vamos a ver la explosión de un sentimiento cofrade, la fuerza de una convicción y de una forma de ser, que vamos a ver, como él vio, al Mesías al Hijo de Dios. Nos dice quién va a venir.

San Juan sale en busca de las aguas del Jordán conquense, y tiene dos ríos para elegir: bautizará a Jesús ya hombre, el mismo Niño Dios que buscó un hueco entre vuestros corazones, con vuestras aguas, y se cumplirá el mandato divino. "Sin duda, es el Hijo de Dios".

Y detrás va la Hermandad del Bautismo de Nuestro Señor Jesucristo, corazones universitarios, *gaudeamus igitur*, que habrá iniciado su recorrido desde la capilla bautismal de San Pedro, donde se encuentra la pila más antigua de la ciudad de Cuenca.

Te sorprende y te gana la humildad de Jesús a punto de recibir las aguas, sencillo, torso desnudo, manos cruzadas sobre el pecho... Miles de invitados a la ceremonia llenan las calles. Alegría, bauticemos a Dios.

Un momento, un momento... Hay un olor a nardos que inunda la noche de este martes Santo. Mi padre siempre pidió un nardo en su tumba, y siempre, allá, en el columbario de la Virgen de la Paloma, esa flor que se mantiene erguida y embriaga con su perfume. Olor a nardos en Cuenca. A lo lejos diviso, tisú plata y terciopelo oro, un rostro angelical de una mujer bellísima. María Magdalena, de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Luz de los Espejos, va camino de buscar un buen lugar porque, no lo olviden, ella será junto a otras mujeres, la primera testigo de la Resurrección de Jesús. Santa María, la mujer de Magdala, representa como nadie el perdón. Lleva el perdón en su rostro, por eso se ilumina como pocos en la noche conquense. Avanza, armonía, absoluta, las andas que la portan en su recorrido, con el reflejo de la luna en los mil y un enganches preciosos que tejieron los mágicos dedos de Patrocinio Soto.

Armonía, belleza, esplendor...

Las colas de la gente para pedir milagro, Señor, milagro, se forman por todas las esquinas. No hay acera con lugares libres, y la reventa funciona a pleno rendimiento. Por la esquina aparece el Medinaceli, Jesús el adorado.

Tradición de una España prendida por vuestro Padre Jesús Nazareno de Medinaceli, que camina armonioso con gesto sorprendido por ver lo que ve, pero también por lo que va a ocurrir. Ya voy camino de vuestro encuentro. Y la gente mira embelesada la imagen del Cristo más venerado en la historia de estas mil y una Españas que aquí, en este trozo de tierra marcada por el cielo cargado de estrellas y la luna como punto de encuentro, renace de entre las páginas de la vida con singular esfuerzo. Cuenca del Cristo de Medinaceli, espera que ya llega...

Verde, que te quiero verde. Llega la Virgen de la Esperanza coronada por Cuenca entera eres el dolor, la belleza, la serenidad y la armonía del rostro de María, la Madre de Dios, ¡verde que te quiero verde!, y la Esperanza será lo

último que se pierda en la noche del Martes Santo por vuestras calles y vuestros arcos.

¿Qué es esto, qué es esto?, le dice el ángel periodista a su compañera.

Ya es Miércoles Santo. Entre Pinto y Valdemoro. Es de noche, y sin embargo casi todo es color blanco.

¡Silencio, Cuenca, Silencio!

No acabamos de termina el día cuando todos nos sentamos a la mesa. Es la hora de la Sagrada Cena. El blanco de los banceros inunda las calles, y todos nos sentimos invitados a participar del momento en el que Jesús va a despedirse de los suyos. ¿Qué quieres que te haga? Y Jesús partirá el pan y nos lo dará junto al vino. Pan y vino de Cuenca, sabor resoli, ¡Jesús...! Y Judas no está tranquilo, por eso quiere irse.

Se nos irá hoz del Júcar arriba, buscará un hueco entre las sombras nocturnas de vuestras casas colgadas, esas que están a los pies de Dios, para orar. Es Jesús Orando en el Huerto (de San Esteban), a los pies del olivo milenario, pan y aceite, ante un ángel enviado por el Padre, que es de Cuenca, ¿lo sabáis? Es de Cuenca y acude a ayudar al hombre que a su vez es Hijo de Dios, que suda sangre, y tiembla ante lo que viene, y que lucha contra los malos momentos. Música solemne para fijar el encuentro. Es el principio del fin. ¡Alea jacta est! Marco Pérez desborda las esencias del tarro creador que le llenó el Divino para gloria y gozo, especialmente, de esta tierra. Contraste, conjunción y belleza.

¿Dónde está Judas? ¿Escondido por la esquina de la plaza Mayor? ¿Por detrás de la Catedral? ¡Judas!, ¿dónde estás? Cuenca lo busca. Traidor. Y lo encuentra. Llega el Prendimiento. Prendido está de ti este pueblo, tu pueblo de Cuenca, oh Jesús, para intentar borrar el beso del traidor, cofradía surgida del esfuerzo, porque una tras otra sus antiguas figuras fueron destrozadas, como todas las de esta Ciudad del Paraíso por la incivil guerra que nos marcó a todos, preñada del odio y fanatismo. Odio hay que tener en las entrañas para delatar a un hombre buen con un simple beso. ¡No lo beses, Judas! ¡Qué no te bese, Jesús!, parece salir de las almas de los hombres y mujeres que rodean a los ángeles periodistas que siguen haciendo la gran crónica celestial de la semana

más grande jamás vivida. Resuena el Miserere. Una y otra vez. Trompetas y tambores. Horquillas golpeando el suelo... *Cuenca est.*

¡Pedro, Pedro!... Y tienes hasta la gran iglesia del mundo con tu nombre. Y le fallaste. Le fallaste. Lo negaste hasta tres veces. Sales en la noche de este Miércoles Santo conquense y lo volverás a negar... “¡Oye, y no estabas con Jesús!”, atrás queda tu inútil espada cortando la oreja del pobre romano. Más daño te harán a ti mismo tus negaciones, pero eres el más grande discípulo, y sobre tu piedra se erigirá la iglesia que nos ampara a todos.

El rojo del capuz resalta en el blanco de la noche del Miércoles Santo. Hay hachones, la luz. La venerable Hermandad de San Pedro, espectacular grupo escultórico de vuestro maestro escultor, orgullo de Cuenca, Marco Pérez. Armonía y conjunto en herencia de una mágica gubia.

Y San Pedro, anonadado por lo que ha hecho, sale camino de no se sabe bien dónde, pero sí... Es la Venerable Hermandad de la Negación de San Pedro, de reciente creación pero con la marcialidad de sus fundadores en sus venas. Policía Municipal y Bomberos entraron en la historia de la ciudad, en las entrañas de Cuenca, y recuperaron para gloria de todos nosotros una cofradía histórica desaparecida en aquellos años de tanta destrucción y locura.

La tensión va en aumento. ¡Señor de San Miguel, si te han dejado hecho un Cristo! Miércoles Santo cargado de estampas, olores y sentimientos, y tú que desde hace ya 32 años presides este acto, ¡oh Señor de San Miguel!, a tus pies estamos hoy, pero en esa noche mágica del Miércoles Santo, toda Cuenca está ante ti postrada e impactada. ¡Cómo has dejado que te hagan eso!, ¿cómo Señor? Impresionante, Jesús. Permíteme, Jesús, que antes de seguir este pregón ponga a tus pies esta flor venida de Málaga, en porcelana porque la primavera aún no ha llenado la noche del olor de los jazmines, y que llamamos biznagas. Permíteme la ofrenda, y a vosotros, hermanos de esta cofradía, recordar siempre que esta biznaga fue puesta a sus pies una noche de marzo, Viernes de Dolores, a la vera del Júcar y del Huécar, en San Miguel, por un humilde pregonero malagueño que siempre os llevará prendido del alma y dentro de su corazón.

Y la Amargura por lo que te han hecho inunda Cuenca. María y San Juan Evangelista comienzan su diálogo por las calles de la ciudad, aturdida, por los momentos vividos y por los que han de llegar. Sagrada conversación entre los dos a la que asiste un pueblo ejemplar que se prepara para todo...

Dios de Cuenca, Madre de Cuenca, Hijo de Cuenca... Honor y gloria a todos vosotros, cofrades de esta tierra tallada también a golpe de gubias divinas, que hacéis lo posible de lo imposible. Para que después digan lo que quiera decir y cómo lo quieran decir: pedazo de Semana Santa que tenéis los conquenses...

Y seguimos. En Paz y en Caridad.

Llega el día más largo de Cuenca, el que tiene 48 horas. Jueves Santo, por sí y por méritos reluce más que el sol. Pronto la Cuenca de siempre, la milenaria, la ciudad escarpada por el paso de los siglos, se fundirá con la Cuenca de hoy, la del siglo XXI. Ábrase la Luz. Y las puertas del templo se abrirán para dar salida a primera hora de la tarde a la Archicofradía de Paz y Caridad, una de las más antiguas, de las más señeras. Piedra sobre piedra, hombro sobre banzo, cera sobre cera se ha ido tejiendo el alma de este día tan importante para todos nosotros. “Mamá, es Jueves Santo”, y mi madre me vestía y nos íbamos a recorrer las estaciones y me compraba una manzana de caramelo, y me llevaba de la mano... “Mamá, es Jueves Santo”, y recuerdo a mi padre con aquel bigotito, al carnicero del Camino de Antequera, vestido con su corbata fina, negra, a disfrutar como pocos. “Mamá, es Jueves Santo”, y en la casa de mi hermano Antonio Garrido se cocían los primeros kilos de arroz con leche que se engullía al orondo niño color verde Esperanza y se preparaba el traje de nazareno: todo perfecto, todo impoluto.

“Mamá, es Jueves Santo”, y mi madre, y la vuestra, nos acariciaba los cabellos, nos daba el beso de despedida, y el alma de nazareno salía a la calle para pasear en busca de la Buena Muerte, mi Cristo perdido al que tantas veces encuentro a Dios gracias.

¡Conquenses, es Jueves Santo! ¡La madre de Dios, que es Jueves Santo! Misericordia, Señor, Misericordia. Y Cristo comienza su peregrinar por el Camino del Calvario conquense que convierte los 900 metros que Jesús recorrió con la pesada cruz a cuestras en kilómetros y kilómetros, para arriba y para abajo, calle estrecha, calle más ancha, Calderón de la Barca, Carretería, Hispanidad, Alfonso VIII, Plaza Mayor, Puente de la Trinidad, Puente de San Antón y tantos topónimos de vuestras vías sacras, porque Cuenca es Jerusalén desde el domingo de Ramos, y la gente sigue entusiasmada llenando los huecos. Las calles han puesto el cartel de no hay billetes, y la reventa funciona porque un buen hueco en cualquier calle no tiene precio...

“Niño, no achuches”, porque yo utilizaba la técnica del codo para ver las procesiones, y hoy se seguirá haciendo, por los siglos de los siglos, y en este lugar bendito, nuestros dos periodistas celestiales seguirán escribiendo notas y

notas entusiasmados por la pasión de un pueblo vivo por la agonía de su Cristo y no es una contradicción y vosotros lo sabéis bien.

Ejemplo de hermandad, muestra de la solidaridad cofrade, este Jueves Santo asiste a la colaboración de todos para con todos muy especialmente. “No tuve y me diste”, “te llamé y acudiste a mi llamada”, y entonces La Soledad de Nuestra Señora, el Paso de la Caña, el Paso del Huerto, Jesús Nazareno y más tarde el Ecce Homo sumaron sus esfuerzos para que la Vera Cruz siguiera haciendo historia. Cristo de las Misericordias, hoy los hombros que se esfuerzan en tus brazos son los herederos de quienes nunca te abandonaron, representación de lo que sentimos y de lo que somos.

Las puertas de La Luz siguen de par en par y van saliendo entre el fervor popular, una tras otra, la Hermandad de Nuestro Padre Jesús orando en el Huerto de San Antón, Nuestro Padre Jesús Amarrado a la Columna, Jesús con la Caña, Santísimo Ecce Homo de San Andrés (o San Gil), Jesús Caído y la Verónica, Nuestro Padre Jesús Nazareno del Puente y Nuestra Señora de la Soledad.

Y sentirán todos. Sentirán los hombros, doloridos. Sentirán los pies, cansados y polvorientos. Sentirán las gargantas, enronquecidas. Sentirán las manos, encallecidas. Sentirán los oídos, tapados. Sentirá el alma, rasgada y sentirán escalofríos por los cuerpos humanos al ver a Jesús apoyado en el alma morada de esta tierra para no caer al suelo...

¡Silencio! Que no se oiga ni el latir de vuestros corazones palpitantes y emocionados. ¡Silencio! Cristo va camino de la muerte y su Madre lo acompaña. Es el encuentro, la mirada más tremenda y desesperanzada, uno de los siete dolores, Jesús y María se encuentran en el Calvario. Cuenca asiste a la escenificación de la historia acaecida hace 2012 años, y entonces, con la carne de gallina, con la boca seca, un nudo en la garganta y los nervios a flor de piel, miles de miradas se dirigirán a los ojos de la Madre de Dios, toda dulzura, esperanza nuestra, madre de todos los conquenses, Soledad del Puente, ya te pertenezco. ¡Madre, qué guapa eres! Y Ella, bella entre las bellas, jardín entre los jardines, olor a azahar, reina de la primavera, nos acogerá bajo su manto y

bajo su palio, madre ante todo, mujer elegida, Señora del alma, Soledad naces de un milagro, de una noche de ensueño. Y ella, la Madre de Dios, rota por el dolor, viendo lo que ocurría, mirará a Jesús que se pierde en lo lejos. No ve al Hombre, no ve al Cristo, solo ve a su Hijo camino de la muerte. Volverás, claro que volverás, pero ¿por qué a ti hijo mío? Y el sufrimiento se apoderará del rostro más hermoso, y sus lágrimas, sangre del alma como dijo San Agustín, recorrerán sus mejillas. Y la Madre, la que despide al hijo, la que ve al Hombre, recuerda al niño que allí correteaba cuando San José estaba en la carpintería y ella se afanaba en las cosas de la casa. Recuerda al querubín que irradiaba felicidad y simpatía, ella no ve al hombre, no ve a Dios, solo ve a su tierno niño, y entonces musita esa frase que se hizo poema por boca del pregonero Hurtado de Mendoza, ese fragmento digno de Calderón o de Quevedo, el mismo que dice “lo que hiciste con Lázaro haz contigo, mi niño, mi Jesús, no vuelvas tarde!” Y en ese momento, la Madre de Dios, la Madre de Jesús, la Madre del Hombre que está siendo vejado, humillado, ultrajado y apaleado por una muchedumbre dislocada, esa misma, en apenas unas décimas de segundo recorrerá la infancia de aquel niño, de su hijo, y recordará cuando le cantaba aquella preciosa nana que comenzaba diciendo, “Duérmete tesoro mío, no tengas miedo de ná...”

Dije antes que el Jueves Santo de Cuenca tiene 48 horas. Me ratifico en lo que digo. A ver, ¿quién duerme aquí en esta Ciudad del Paraíso, colgada de los pies de Dios en la noche del Jueves al Viernes Santo? Apenas si ha terminado e encerrarse en su casa de la Luz que sigue vigente en la noche cuando ni tan siquiera aparecen aún las claras del día cuando en decenas de miles de casas de Cuenca hombres y mujeres se afanan en ultimar los detalles para comenzar el gran día. Viernes Santo, Cristo va a morir. No es noticia, pero sí. Cada año es una buena nueva, y no es otro anatema: sin la muerte no hubiese llegado la vida y yo creo a pie juntillas en la Resurrección de entre los muertos. Hay quien se echa agua en la cara, se toma un café y una copita de resoli, y se cambia de traje. De nuevo la ceremonia íntima y legendaria entra en las casas de Cuenca: túnica estirada sobre la cama, perfectamente doblada sobre una silla... Todo tiene un comienzo y un final. La túnica, el cingulo, los guantes... Pero antes hay

que tensar la piel del tambor, ese tambor que ha permanecido mudo en el armario a la espera del gran día.

Suele ser de noche, suele hacer frío, sin embargo en Cuenca todo es luz y calor, es la gran cita anual, y los turbos salen a la calle desde todas las esquinas, llenándolas todas. Cientos, miles, decenas de miles... ¿Quieren ver un milagro? Acérquense al alba, al alba que cantaran los poetas, y vean lo que se forma en las puertas de El Salvador para recibir al Nazareno. Y no pasa ná. Ese es el milagro. El estruendo rompe los horizontes castellanos, son roncós sonidos de tambor y de palillos, de padres a hijos, rememoración del paso por el Calvario de Jesús con la Cruz a cuestas cuando aquel pueblo que dijo que lo había amado, lo despidió entre burlas y gritos. Aquí se rememora, pero burlarse, no se burla nadie. Ni del Nazareno ni de vosotros. Antes he dicho y repetido a la saciedad que defiende la universalidad del cofrade, pero también la particularidad de cada Semana Santa. Oro en el paño tenéis con las turbas, así que no lo dudéis, luchad por lo que es vuestro, por lo que es santo y seña de una Semana Santa grandiosa como la vuestra. En este mundo del 'corta y pega', tener algo distinto, algo original, no tiene precio. Así que no lo dudéis, cuidad a las turbas, mimarlas, defendedlas y transmitir las, pero sin permitir bajo ningún concepto que elementos extraños a ellas quieran entrar para haceros, para hacernos daño. Turbas sí, sin duda, pero con el orden de su historia conquense, que no es orden ni es nada, pero que sí lo es, y no es un juego de palabras, sino una realidad que vosotros conocéis como nadie, porque cuando nadie se lo espera, sin responder a ninguna orden premeditada, al son del clarín, a la vuelta de la esquina, ese ruido ensordecedor, esa muchedumbre que parece machacar los tambores en vez de tocarlos, calla, y entonces, en un silencio sepulcral, que corta el horizonte de la noche que ya se va fundiendo con el día, lo único que se oye en Cuenca, turbada por lo que ve y lo que oye, es el canto del Miserere salido del corazón de la escalinata de piedra de San Felipe.

¿Y vais a renunciar a eso? ¿Por cuatro desalmados, cuatro tontos que los hay como en todos lados que confunden la velocidad con el tocino? Para nada, ciudadanos del mundo, capital Cuenca, esa mañana, ese día, ese comienzo Camino del Calvario es vuestro por historia, por entrega, por dedicación, por

tradición y por devoción, y a quien intente haceros daño, apartarlo como intentamos quitar del medio a las bacterias nocivas que entran en nuestros cuerpos. ¿Y si entra una bacteria en el mío, seré yo culpable, oh Señor? Para nada, por eso, no os sintáis responsables del majarón de turno que querrá hacer de las turbas un acto sin sentido, y apartadlos, con buenas palabras e irreprochables actos, pero sin duda alguna, con la energía necesaria de quien está perseverando y preservando la historia de vuestros antepasados, de vuestros abuelos, de vuestros padres, la vuestra propia, la que tendréis que dejar a vuestros hijos, y estos a su vez a vuestros nietos.

Suena el cornetín, dobla la esquina. ¡Silencio, silencio...! Y las turbas rompen el ruido, paralizan los palillos, dejan descansar las manos, aceleran sus corazones, y entonces, solo entonces, para el mundo surge, como en todas nuestras procesiones, el Miserere, éste Miserere.

Saeta de Cuenca que rompe el alma, que atraviesa las piedras... Oración hecha Cuenca por Cuenca para Cuenca, ha resonado el Miserere, que, si me lo permitís, creo que es una especie de doping legal y más que autorizado divino para el bancero conquense, un 'chute' que le sirve para retomar fuerzas de donde ya casi no las hay...

Palafox, arriba.

¿De qué cofradía es y dónde vive...?, No, hombre, no, me refiero al general que da nombre a la calle... La puñetera calle para arriba. ¿Y por qué no le daremos la vuelta?, dirá con razón más de uno, aunque nadie querría cambiar una fisonomía de las calles como la vuestra. Mirad, he pateado vuestros recorridos procesionales un montón de veces, y con la imparcialidad que me otorgan mi edad y mi experiencia cofrade os digo, con contundencia, que tenéis el mejor recorrido de las procesiones de España, que la vieja Cuenca, en suma, se hizo pensando en las andas y en los banceros, en las procesiones, en los nazarenos y en las cofradías.

La calle, la empinada calle que sube camino de Alfonso VIII que está más para arriba, eso sí que es un calvario de más de un kilómetro, pues bien, gracias a ese chute autorizado y divino, de donde no hay fuerzas, resurgen, las piernas recobran la verticalidad, los hombros estallan en los banzos con dureza

estremecedora, y el cortejo prosigue entre el loor de una multitud enardecida. En ese amanecer tan diferente como es el vuestro del Viernes Santo, tras la esquina y las curvas llegarán las rectas y entonces los estruendos tamboriles volverán a anunciar que la noche se marcha, que de nuevo va a ser de día.

-Mamá y no pasa ná, y no pasa ná...

Pasa que Cuenca está en la calle sin dormir, en esta tierra que ha fundido el Jueves y el Viernes Santo. Monseñor, ¿qué tenemos que hacer para bautizar un nuevo día? ¿Podemos decir en vez de Jueves y Viernes Santo, Jueves Cuenca y Viernes Cuenca? Porque no es menor cierto que

si decimos solo 'Semana de Cuenca', ¿a que no hay que matizar que es santa? Santa es vuestra semana porque santa es vuestra tierra. Dios os bendiga y ayudad siempre al Nazareno portando la cruz camino del Gólgota, donde la estampa necesaria se ha de cumplir. Aquí tenemos cada uno el papel que nos corresponde, sin más historias, Y el Jesús, la Verónica y el San Juan proseguirán triunfales sus caminos eternos en medio del sonido Cuenca, turbada siempre, entregada entera.

Martillos y yunques renuevan la historia pasada por su Virgen de la Soledad. Son saetas forjadas con hierro y fuego en el alma de los conquenses, emocionados en el Camino del Calvario. Nunca mejor definición de este Viernes Santo que lleva prendida la tragedia y la emoción a partes iguales.

*Forja en mi corazón, María,  
el amor de los amores,  
madre de los corazones,  
más que nunca yo te quiero  
¡Soledad!, llena el alma mía.  
¡Stabat Mater  
Reina, madre de Dios!  
¡María, que ejemplo has dao!  
Mira que tu hijo ha sufrío,  
Mira que tienes el corazón partío,*

*pero de tu boca no ha salido  
ni el más mínimo quejío./*

El Viernes Santo prosigue su marcha. Día de potajes y de postres otrora especiales del día, gloria del gozo de quienes somos golosos. Olor a limones *cascarúos*...

La variedad de la comida familiar, que en mi infancia los restaurantes cerraban por el luto y porque entonces estábamos como ahora, o sea, tiesos como la mojama, era tan variada que en la 'carta' del comedor mi madre escribía el menú: recuerdo que ponía: Menú A: de primero garbanzos, de segundo garbanzos y de tercero garbanzos, o menú b: de primero bacalao, de segundo bacalao y de tercero bacalao... y acababa uno con la lengua hecha un zapato, y menos mal que al final llegaba el arroz con leche, que para mí era especie de antídoto divino ante tanto garbanzo y bacalao, patria por arriba y por abajo, España renovada por la cocina, comida de verdad frente a las tonterías fusionadas y minimalistas, esas que definen al potaje de garbanzos como 'Esencias de cicer aretinum bajo fondo gelatinoso y hendiduras vaporizadas de legumbres hispánicas', o al bacalao como 'gadus rebajado de sal con fondo de tomatitos del Nepal y semillas del Congo con virutas de patatas de Alhaurín', o sea, la explicación de por qué te van a clavar 60 euros por algo que cuesta tres...

Viernes Santo del Calvario. Ya estamos de lleno en el día. Cuerpo y alma. La mañana ha sucedido al ronco amanecer. Sigue sin haber un hueco libre en la gran tribuna de la Pasión que se ha convertido vuestra ciudad, conquenses del alma. El verde sucede al morado en la historia cofrade de las mil y una España. Del Nazareno a la Cruz, ese es el tránsito del color y su explicación histórica, pero aquí tenemos la luz necesaria para vernos de frente en los espejos.

Jesús ya ha sido clavado en la cruz. Necesaria escena, momento imprescindible para nuestro perdón. Perdón, mi niño, Perdón... Y cuando muere en la cruz, cuando todo ya se ha resquebrajado, al mediodía según cuentan algunas escrituras, a la misma hora que sucede en Cuenca cada Viernes Santo, los clavos atraviesan miles de manos y de pies, las lanzas atraviesan nuestros

costados, nos dan de beber hiel, y exclamamos un últimos suspiro, para despedirnos de nuestros seres amados.

-Mamá, me voy a sacar a la Virgen.

Y mi madre me miraba orgullosa, mientras mi padre me recordaba que mi devoción no podía contrarrestar la obligación de levantarme al alba al día siguiente para trabajar en la carnicería. Por eso, y por mucho más, siempre odié el Sábado Santo, pero eso llegará más tarde, que todavía sigue siendo viernes...

-Mamá, me voy a sacar a la Virgen.

Y la Virgen de la Caridad cada Viernes Santo lucía guapa sobre mis hombros juveniles que se encallecieron bajo su peso maravilloso. ¡Honor para un conquense ser bancero!, lo repito una y otra vez, y no me canso de hacerlo. ¡Honor para todos vosotros ser nazarenos!

La agonía de Jesús tiene en Cuenca una sensibilidad especial. Es tan dura como delicada. Por eso rendís culto y devoción a ese Cristo de marfil que es una maravilla. Porque la muerte, en este lugar, tiene también su propia estética y su sensibilidad especial. Esa misma sensibilidad de los hombres y mujeres que bajan a Jesús de la Cruz, Descendimiento que en Madrid en agosto hicisteis historia y entrasteis a formar parte de la leyenda. Al lado de mi Cristo de la Buena Muerte, allá en la Castellana, para recibir al Papa, la duodécima estación era la de vuestro Descendimiento, y en aquel día tan azul como solo el cielo de esta tierra puede llegar a ser, la tragedia hecha obra de arte por mor de la gubia divina de ese maestro llamado Marco Pérez impresionaba a todos. ¿De qué siglo será ese grupo escultórico? De los siglos de los siglos entre los siglos, y por la madrugada, la Puerta del Sol y Calle Mayor temblaba ante el golpeteo rítmico y trágico, anunciador y devastador de las horquillas de vuestro banceros. Mi Cristo de la Buena Muerte, vuestro Cristo de la Buena Muerte, mi Cristo del Descendimiento, vuestro Cristo del Descendimiento rompieron la noche y anunciaron el alba, y la gente embobada seguía alucinada lo que acontecía Puerta Alcalá para arriba, con los sonos del legionario 'Novio de la Muerte'. Era demasiado. Cientos de miles de personas estremecidas, "gracias por haber venido", "gracias por estar aquí", les decían a vuestros banceros, y los ojos del

mundo seguían vuestra estela divina, Cuenca en Madrid para gloria de vuestra Semana Santa. ¿Cabe mayor estética? ¿Cabe mayor honor? Piel de gallina, corazones acelerados, emoción a raudales... Y por una esquina, surgida de no se sabe dónde, alguien, entonó esta saeta. Una saeta surgida del corazón. Esta misma que ahora rompe la noche de Cuenca salida del alma, prendida en el aire con alfileres de amor. La saeta que canta a Jesús muerto descendido de la Cruz. ¡Mamá, cógeme, que me he hecho daño! Y la madre, siempre atenta a su hijo, lo acogió en su regazo y le meció hasta calmarlo. Lloraba, lloraba mucho, pero poco a poco, el Niño que fue ya hombre calmaba sus lágrimas ante el amor eterno de su madre, aturdida, rota por el dolor, pero fuerte ante lo que tenía que afrontar. “¡Lo que hiciste con Lázaro haz contigo. Mi niño, mi Jesús, no vuelvas tarde!”

Jesús ha muerto, ya lo han descendido de la Cruz, y un momento de angustia recorre las almas de Cuenca al ver a la Madre intentado calmar el dolor de su Hijo, que está muerto. Entre sus brazos, en su regazo, la Virgen tiene a Jesús. ¡Quisiera darte la vida, mi niño Dios!, musitan miles de almas prendidas en un Viernes Santo que enfila las últimas horas de un día estremecedor. Abre las puertas la Catedral encantada de Cuenca, digno escenario de las películas históricas de las que me estremecían en mi niñez, punto de encuentro de la historia de una ciudad cargada de historia, y la simple visión de lo que vemos nos demuestra la sencillez de la vida. Recordamos las primeras procesiones de la historia, allá por los siglos XIII y XIV, cuando nuestros antepasados salían tras una cruz vacía auto-flagelándose e implorando el perdón divino. Siglos después, generaciones después, la tradición se renueva y la Cruz desnuda de Jerusalén se hace de Cuenca para anunciar que ya Jesús está yacente. ¡Estremécete, nazareno! Cristo muerto es acompañado por una multitud que vela su entierro. Ya no hay gritos ni se oye el bullicio, porque nadie se atreve a alzar la voz. Las luces se han de apagar en señal de luto. El negro de la noche se echa sobre la luz de la vida en el último pulso que tendrá un claro vencedor. Pero ese desenlace aún no ha llegado, y las tinieblas se apoderan de nuestros ojos y la tristeza inunda nuestros corazones, para entre todos, sentir el desgarró de la muerte. Todos acompañan a Jesús muerto. Todas las hermandades rinden

tributo a Cristo muerto. Es el contrasentido de la muerte que tiene que llegar para que se haga la vida. Es la representación más impactante del ciclo que nos renueva, que nos hace ver la luz al final del túnel. La niebla aún se hace más intensa, más profunda, desdibuja todos los perfiles. La noche se llena de la frialdad de la muerte y nos retiramos en silencio tras un día que comenzó siendo jueves y acabó en sábado... ¿Cabén mayores emociones en menos tiempo? Unos motetes nos anuncian que todo está terminado. Consumatum est.

¡Corred, corred, que algo pasa! Y las campanillas resuenan desde las hoces del Júcar y el Huécar, blanco y verde Domingo de Ramos. Lo que empezó con el Amparo va a terminar con la Esperanza.

¡Corred, corred, que algo pasa! Y voces y más voces harán correr la noticia de casa en casa de que una buena nueva se ha producido. ¿Os acordáis de aquel Niño Dios llamado Jesús que murió hecho Cristo en la Cruz? ¿No estuviste en su entierro? ¿No recuerdas a María, su madre, llorando sin consuelo? ¿Lo recordáis? Pues dicen que ha resucitado, y algo tiene que haber pasado porque las piedras de esta ciudad milenaria se han removido, así que salida a la calle, salgamos a las calles... ¡Aleluya, aleluya! Que Jesús está vivo, que Cristo ha resucitado.

Y la Cuenca de hoy se lanza a la calle en medio de la felicidad de quien se sabe triunfador de la vida sobre la muerte. No llores más, mujer, le dijo el ángel a aquella buena mujer. Llevaba razón el niño que corrió a consolar a María. ¡Aleluya, aleluya! La Cuenca desgarrada da paso a la que asiste feliz al reencuentro de Jesús y María.

¡Corred, corred, que algo pasa!

Y el negro pasa a ser verde esperanza y oro vida, vuelan las palomas, suena la música y los banceros de Cuenca bailan de alegría a Jesús y a María. ¡Dios te salve, reina y madre...!

¡Aleluya, aleluya!

Y el monumento al Nazareno, loor y gloria de vuestra tierra, homenaje a una esencia y a una forma de ser, asiste a la renovación del gran momento. ¡Jesús ha resucitado, aleluya, aleluya...!

¿Se acuerdan de Ciriaco y Paula, nuestros becarios periodistas angelicales de 'Los Ángeles hoy'?

Pues anonadados, camino de la posada para comenzar a transmitir la crónica y las fotos, aturdidos por todo lo visto, acordándose de San Pedro y de San Julián, con la mente repleta de escenas y los ojos absortos por lo presenciado, comenzaron a elaborar el reportaje celestial que comenzaba diciendo, como aquel otro escrito otra noche de marzo hace ahora casi 20 años, de la siguiente manera:

¡En Cuenca, una ciudad colgada de los pies de Dios, en el corazón de Castilla y La Mancha, hombres y mujeres de toda condición rezarán, cantarán y llorarán, gritarán y enmudecerán, aplaudirán y bailarán ante Cristo y ante la Virgen para recordar lo que significa para todo un pueblo mantener vivas sus señas de identidad, sus tradiciones y sus sentimientos. La luna hará de palio, el viento será música celestial, la estrellas bordarán los mantos, el sol irá prendido en sus caras y la noche se hará eterna para amanecer con la fuerza del bien en esta ciudad nazarena, la Cuenca a la que Aleixandre sin duda bautizaría como Ciudad del Paraíso, y a la que este humilde pregonero llevará ya grabada en su corazón a hierro y fuego

¡Nazarenos y nazarenos, banceros y banceras, conquenses de Dios, hijos del bien y de la vida, gritad conmigo!:

¡Viva la Semana Santa de Cuenca!

He dicho.

-----  
-----

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE CUENCA

30 DE MARZO DE 2012

PEDRO LUIS GÓMEZ CARMONA

